



Angelita Gómez, bailando en el espectáculo "Viva Jerez".

RETROSPECTIVA DEL FESTIVAL DE JEREZ

15 AÑOS NO ES NADA...

POR FRANCISCO SÁNCHEZ MÚGICA

CRÍTICO DE FLAMENCO

Quince años no es nada y lo es todo. Un tiempo clave y más que suficiente para saber de dónde se viene, en qué punto se está y por qué senderos quiere uno caminar. Quince años sirven para nacer, crecer y empezar a vislumbrar una sólida madurez. Década y media en la que se ha conformado un público, una demanda, un prestigio y un nombre que ya se ha hecho un importante hueco entre la oferta que existía y una nueva que ha ido generándose en paralelo con más o menos acierto y seguimiento. Con el baile flamenco y la danza española como 'leit motiv', dos elementos 'a priori' menos apegados a la tradición 'jonda', en particular, y artística, en general, de la ciudad del vino, tierra cantaora por excelencia, el Festival de Jerez ha recorrido con solvencia sus primeros tres lustros viendo como se cumplían la práctica totalidad de los objetivos que se marcaron sus impulsores allá por el año 97 del siglo pasado. Objetivos articulados en torno a tres patas fundamentales de un mismo proyecto artístico: programa de espectáculos, área formativa y actividades complementarias. Y todo ello, bajo una enorme autoexigencia a la hora de cumplir los determinados niveles de calidad artística, organizativa y de proyección exterior deseables para un evento de estas características.

Nada mejor que acudir a las cifras para constatar el enorme, progresivo y constante crecimiento y arraigo de la muestra en una ciudad que poco a poco, edición tras edición, ha sabido valorar y calibrar la importancia y repercusión del festival cuando llegan esos 'días señalaitos' entre febrero y marzo. Un evento que no sólo es el más relevante a nivel cultural que alberga anualmente Jerez y probablemente la provincia de Cádiz, sino que también vale su peso en oro en cuanto al impacto económico y social que representa.

Primero de todo, una pregunta. ¿Deja beneficios el certamen a su organizadora, la Fundación Teatro Villamarta (dependiente del Ayuntamiento de Jerez)? Rotundamente no. Pero no es ésta su misión principal. O como aseveraba Francisco López, uno de sus ideólogos y director hasta 2008, en una entrevista en Diario de Jerez en febrero de 2001: "Nuestro objetivo no es sacarle dinero al Festival, pero como tampoco se le saca a la sanidad pública; el presupuesto está equilibrado y hay que entenderlo como un servicio público, por lo que sí buscamos la rentabilidad social, cultural y económica". Y a fe que lo están consiguiendo. Primero con él al frente, y posteriormente



con Isamay Benavente, responsable del certamen desde hace dos ediciones, la muestra es el prototipo de que la cultura y el turismo, imbricados y vertebrados con coherencia y rigor, pueden llegar a producir pingües beneficios, tanto tangibles como inmateriales.

En lo que a oferta cultural se refiere, el de Jerez es un festival que presenta una propuesta condensada de baile flamenco y danza española (en sus más amplias acepciones) excepcional en la provincia y, quizás, en la región a lo largo de todo el año (salvo cuando tienen lugar otras grandes muestras como la Bienal de Flamenco de Sevilla). En el plano económico, genera riqueza con hoteles llenos durante un par de semanas; terrazas y negocios de hostelería repletos de público; movimiento inmobiliario en torno a los alquileres para las cursillistas que llegan procedentes de los cinco continentes del planeta; academias que hacen su agosto en paralelo a los cursos oficiales; iniciativas privadas que programan actuaciones alternativas en diferentes horarios de lo que se ha dado en llamar el 'off Festival'; comercios ligados al baile y la danza que facturan como en ninguna otra época del año... Toda una industria de ocio cultural y turística vinculada con un evento enfocado principalmente al flamenco.

Como pone de manifiesto el último estudio de impacto del Festival de Jerez, elaborado en 2007 por el Observatorio Cultural de la Provincia de Cádiz, el gasto medio estimado por participante que acude a la muestra jerezana asciende a un total de 1.968,53 euros. De este importe global estimado, el viaje supone 472,36 euros y una cifra similar el alojamiento (449,80). La manutención se sitúa en 219,25 euros, mientras que las entradas sólo llegan a 120,12 euros. Curiosamente, el mayor desembolso de todo se destina a las compras: 707 euros. Unos datos que, sin lugar a dudas, ayudan a entender mucho mejor la repercusión económica del certamen en la ciudad y su zona de influencia.

En la vertiente social y educativa, entre otras cosas difícilmente enumerables en toda su extensión, gracias a los 16 días intensivos de baile flamenco y danza española en Jerez se ha producido un acercamiento progresivo de la población al flamenco y la expresión dancística a raíz de la entrada paulatina de nuevos públicos ajenos al 'arte jondo' que, no obstante, se han mantenido fieles a la muestra una vez han establecido contacto con su programación; ha tenido lugar, en líneas generales, la conformación de un espectador con mayor criterio, más selectivo pero también más desprejuiciado a la hora de acercarse a otras formas de entender la creación artística, más allá de intérpretes y artistas 'main stream' y fórmulas estereotipadas o tradicionales; también se ha tenido la posibilidad de disfrutar con propuestas muy difíciles (por no decir imposibles) de programar en los circuitos escénicos convencionales, de no ser en un festival especializado como el que aborda este estudio.

Con un presupuesto casi siempre sonrojante y siempre titubeante (rara vez, por no decir jamás, ha estado por encima de los 600.000 euros) frente a, sin irnos muy lejos, colosales apuestas de las administraciones que apenas se han sostenido durante dos ediciones (cf.: la Bienal Málaga en Flamenco), el Festival de Jerez ha llegado a metas insospechadas para otros certámenes de similares características y ha tocado la fibra de aficionados, artistas y es-



pecialistas que le siguen con fervor y devoción gracias, como muchos de ellos han reconocido una y otra vez, a la atmósfera y el clima de convivencia que rodea un evento totalmente abarcable (por ordenación horaria de su cartel y proximidad de los escenarios en los que se desarrolla) y concentrado en una serie de espacios escénicos y de encuentro que han alcanzado “su máxima dimensión”, ha apuntado López en alguna ocasión, sin llegar a tocar techo. Pues el techo de la muestra jerezana, como en más de una ocasión han subrayado sus organizadores, no es otro que el que marque el apartado económico para poder programar con más o menos margen.

Quince años después, lo que queda meridianamente claro es que “el Festival de Jerez ya es el referente del baile flamenco y la danza española más importante del mundo”. Lo subrayaba el crítico Luis Clemente en un informe elaborado para Diario de Sevilla hace una década y, obviamente, se hace mucho más evidente la sentencia diez ediciones después, cuando la muestra no sólo camina sola sino que es paradigma en su terreno y una de las citas culturales cumbre de cuantas tienen lugar cada año a lo largo y ancho de todo el territorio nacional.

EL TAMAÑO SÍ IMPORTA

De los once días de duración con que arrancó el certamen se pasó hace unos años, en 2006, a las dieciséis jornadas que en la actualidad conforman la muestra. De las escasas cuatro clases magistrales con las que partió el Festival se ha crecido hasta llegar a los 42 cursos y talleres impartidos por un claustro de 32 prestigiosos maestros sin parangón a nivel mundial. Docentes consagrados como Matilde Coral, Merche Esmeralda, Juan Parra, Javier Latorre, Angelita Gómez y Manolo Marín comparten claustro con otros ‘profesores’ más jóvenes, pero no menos reputados, como Rafaela Carrasco, Joaquín Grilo, Isabel Bayón, Rocío Molina, Israel Galván, María del Mar Moreno, entre otros muchos. Todos ellos imparten clases de iniciación, nivel básico, medio y perfeccionamiento en jornadas intensivas que congregan a más de un millar de alumnos y alumnas procedentes de más de cuarenta países de todo el planeta tierra: empezando, cómo no, por Japón y llegando hasta lugares tan remotos como Estonia, Rusia, Australia, Canadá, Indonesia, Chile, Venezuela y Brasil. Más de uno, y con toda la razón del mundo, ha dado en bautizar al Festival de Jerez como la ‘ONU del Flamenco’, en evidente alusión al maremágnum de nacionalidades que representan quienes acuden cada año a tomar clases durante este ciclo cultural.

Al margen del área formativa, una de las claves esenciales para entender la buena salud de la que goza la muestra, está también el programa de espectáculos, donde de los apenas doce montajes programados en la primera edición del festival se produjo un incremento hasta el medio centenar en las últimas entregas del certamen. Del mismo modo, el cartel aumentó de dos a cinco escenarios, que lo mismo han sido salas y teatros jerezanos como Villamarta, La Compañía y Guadalcaín que espacios ideados ‘ex profeso’ para albergar actuaciones flamencas, como el Palacio de Villavicencio, la Mezquita del Alcázar de Jerez, el Museo Taurino, la bodega Los Apóstoles de González

Byass y Los Claustros de Santo Domingo. Siempre con la premisa de aprovechar el escaparate del Festival de Jerez como pasaporte de proyección exterior de la ciudad. Y también como puerta de entrada del visitante/espectador a los atractivos turísticos de un municipio marcado de forma sempiterna por la triada 'vino, caballos y flamenco' en el impresionante marco patrimonial de su centro histórico, atravesado por la línea que separa los barrios cuna del flamenco como son Santiago y San Miguel. No hay que olvidar en este apartado la integración de la red de peñas flamencas de la ciudad en la tela de araña que teje el certamen jerezano, pues sin la magia de los trasnoches 'de peña en peña' y colmaos tampoco se entendería la concepción actual que hoy tenemos del Festival.

En cuanto a respuesta de espectadores, de un público sumamente escaso y especializado -qué seguidor del certamen no recuerda aquel patio de butacas desértico en plena representación de 'Poeta', de Vicente Amigo con la orquesta de Córdoba, en 1997- se ha llegado a sobrepasar, según las cifras que maneja la organización, los 34.000 espectadores que se contabilizaron en la edición de 2010 (con un índice de ocupación de aforos del 93%). Un año que sentó un importante precedente en lo que a impacto de taquilla se refiere. No en vano, la puesta de largo de 'Esencial', de Juan Manuel Fernández Montoya "Farruquito", agotó las entradas meses antes de la representación en la muestra, algo que ha vuelto a suceder en la edición de 2011 con el espectáculo 'Historias de viva voz' del cantaor badalonés Miguel Poveda. Dos síntomas de que el Festival de Jerez ha calado entre sus cada vez más numerosos adeptos. Al tiempo, los espectáculos de pequeño formato que jalonan la programación del escenario principal del evento, el Villamarta, tampoco han dejado de ganar afluencia de público, hasta el punto de haberse ampliado los pases de las representaciones para corresponder a la alta demanda de espectadores que se repite un año tras otro. La prueba irrefutable, igualmente, del buen estado de forma del que goza el Festival, a pesar de cualquier vicisitud coyuntural como la actual crisis económica generalizada que padecemos.

Y qué decir del seguimiento y cobertura mediática. Diarios locales que apenas pasaban de una página de reseña del certamen rápidamente corrieron a entregar cuadernillos encartados con abundante y detallada información de cuanto acontece en cada edición de una cita imprescindible con el mejor baile flamenco y la danza española. De un seguimiento mínimo se pasó a aglutinar en torno al Festival hasta un total de 119 medios nacionales e internacionales acreditados (90 en la última edición celebrada en 2010), entre los que han destacado, por poner algunos ejemplos significativos, diarios nacionales generalistas como El País, El Mundo y ABC; emisoras como Radio Nacional de España y Radio France Culture; agencias de prensa tan destacadas como EFE, Europa Press, Reuters, Kyodo y France Press; prensa extranjera como The Guardian y The Independent (Gran Bretaña), Le Figaro (Francia), Le Soir (Bélgica), La Repubblica (Italia) y Frankfurter Allgemeine Zeitung, Die Welt y Berliner Zeitung (Alemania); revistas especializadas de la talla de El Paseo (Japón), Songlines (Gran Bretaña), Dance Magazine (USA), y Dance International (Canadá); y televisiones como TVE, Telecinco, Antena 3 (España), TV



Deutsche Welle (Alemania), ECP TV (Canadá) y TBS TV (Japón) . Ejemplos, los anteriores, no sólo del vigor y poder de convocatoria que despierta el flamenco sino del interés y entusiasmo que levanta a nivel mediático nacional e internacional la celebración del Festival de Jerez.

EN EL PRINCIPIO FUE EL BAILE

Escribe el flamencólogo y poeta jerezano Manuel Ríos Ruiz un año antes de que alumbrara el Festival de Jerez: "El baile está llamado a ser la expresión más redonda del flamenco, su estrella y guía, porque la destilación se impone en todo arte con el paso del tiempo". Estando en Jerez, ¿por qué elegir el baile?, se preguntarán algunos. Si la dimensión del flamenco es universal desde mucho antes de que la Unesco lo designara oficialmente como arte considerado Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, el baile es sin lugar a dudas el lenguaje, el vehículo de expresión artística, que más evidencia esa idea globalizada, hoy todavía más, del 'arte jondo'. No hay que entender una letra, pues con un único gesto del bailaor nos lleva a la alegría o a la tragedia en un instante. "El baile es la faceta flamenca más abierta a la incorporación de nuevos públicos y Jerez se plantea como una cita abierta", reconocía Francisco López, director de la muestra durante sus primeras trece ediciones, en una entrevista concedida al portal de Internet 'Flamenco-world.com', seguido por millones de usuarios de todo el mundo.

El extraordinario magnetismo y poder de atracción del baile allende nuestras fronteras no será objeto de este análisis, aunque sí es necesario hacer esta referencia para comprender por qué, en su génesis, se decidió aprovechar el baile flamenco y la danza española como ejes argumentales del Festival de Jerez. Despojado de exotismo y viéndolo a toro pasado, el baile centra ahora la oferta de numerosos festivales por todo el mundo (Nueva York, Londres, Nimes, Tokio, Albuquerque, Ámsterdam...) pero en 1997, cuando vio la luz la muestra jerezana, se trataba de la única cita mundial periódica de estas características dedicada por entero al baile flamenco y a la danza española. De este modo, sus organizadores abrieron un hueco que no existía en la oferta de por aquel entonces, mucho más enfocada en nuestro país a certámenes y concursos y algún que otro festival de prestigio, pero muy delimitado, como el de la Guitarra, en Córdoba. Eso, sin olvidarnos de la Bienal de Flamenco de Sevilla, cuyos organizadores, como han criticado muchos especialistas, aún siguen tras dieciséis ediciones dándole vueltas a la cabeza para tratar de hallar un tronco común sobre el que se extiendan las ramas de un evento mastodóntico y difícilmente abarcable para el espectador medio.

Por el contrario, el Festival de Jerez sí halló desde el principio su piedra filosofal en el baile. Y, sobre todo, en la enseñanza de esta forma de expresión artística a partir de las fuentes más acreditadas y conocedoras de la materia. Sin duda, el área formativa ha resultado a la postre el detonante primordial para que la muestra jerezana no sea un lugar de paso sino de integración y reciprocidad de cientos de personas que acuden a la misma para aprender, sobre todo, baile flamenco y, en paralelo, aprehender la magia del festival. La idea de partida, orientada a la proyección exterior de la ciudad y a la captación



de turismo cultural, optó por el baile por ser el lenguaje más internacional del flamenco, a sabiendas de que era la mejor manera de atraer interesados desde los puntos más dispares del planeta. Cursillistas que, al fin y al cabo, sostienen año tras año un certamen que sin su presencia sería difícil de imaginar tal y como lo conocemos hoy en día. Tal ha sido la comunión en el área formativa, como han expresado enorgullecidos desde la organización alguna que otra vez, que la mayoría de sus prestigiosos maestros regatean muy poco en el apartado económico y fuerzan al máximo sus apretadas agendas para tener siempre un hueco a la hora de venir a Jerez a impartir clases entre febrero y marzo, cuando tiene lugar su festival. La convivencia con esos maestros, tan sabios, tan cercanos, provoca que el efecto llamada haya aumentado exponencialmente en todos estos años, pues, entre otras cosas, hay cursillistas que se vuelven a sus puntos de origen con un diploma bajo el brazo que podrán lucir orgullosas en sus academias, lo que a su vez también le reportará beneficios.

Si los maestros bailaores y coreógrafos son, podríamos decir, el corazón del Festival de Jerez (más allá del programa de espectáculos), los y las cursillistas que acuden en legión cada año son la sangre que bombea y custodia viva esta ilusión compartida en forma de evento cultural que cada año tiene en el jerezano Teatro Villamarta su principal escenario. Unas tablas a las que subirse durante la celebración del festival ya es el sueño de muchos de quienes ahora empiezan.

LA RENOVACIÓN DEL BAILE VISTA POR JEREZ

Reconocía y, en cierto modo, homenajeaba Juan de la Plata, periodista, historiador y flamencólogo, a los maestros en su página del suplemento que Diario de Jerez dedicaba a la novena edición del Festival de Jerez en 2005: "Los profesores de los cursos del festival, por lo general, son todos maestros y se sobreentiende que lo que enseñan es lo que ellos han aprendido de sus maestros", venía a decir el fundador de la Cátedra de Flamencología. En los 485 espectáculos y recitales programados en las primeras quince ediciones del Festival de Jerez ha habido absolutamente de todo, pero sobre todo, como anotábamos al comienzo de este capítulo, se ha mimado y ha importado el respeto y la devoción por la pervivencia de un legado. En su gestación, se dijo que los objetivos de la muestra eran difundir el flamenco, formar a sus 'discípulos' y apoyar a los creadores más jóvenes. Visto lo visto, lo cierto es que no solo las tres premisas anteriores se han cumplido en mayor o menor grado sino que el Festival de Jerez se ha convertido en sereno espectador de una brutal evolución vivida, especialmente, por el baile flamenco en la última década y media. Una evolución vertiginosa, sin receso alguno, propia del modo de vida apresurado que hoy nos ha tocado vivir.

Las generaciones bailaoras de los 60 y 70 han crecido y madurado en Jerez, mientras que los nuevos talentos de la generación de los 80 han comenzado a despuntar (algunos a cámara ligera) sobre las tablas de los escenarios del festival. Lejos, muy lejos, queda ya la obra 'El jaleo. Tientos-tangos. El perro andaluz (Burlerías)' con la que la Compañía Andaluza de Danza, con una treintañera María Pagés al frente, inauguraba el Festival de Jerez en 1997.



Desde ese espectáculo hasta 'Belmonte', homenaje que Joaquín Grilo tributó al maestro jerezano Fernando Belmonte con el que clausuró el certamen de 2010 y último espectáculo visto en la muestra en el momento de escribir estas líneas, han desfilado cientos y cientos de artistas, decenas y decenas de proyectos y creaciones, unas más grandilocuentes, otras más sobrias y minimalistas. Algunas dejaron a la crítica fría y al público indiferente, otras se han convertido en imágenes perennes en el imaginario colectivo de los amantes del baile y la danza por la imborrable huella que dejaron en quienes tuvieron ocasión de disfrutarlas en vivo y en directo. Unas y otras están encardinadas en el engranaje evolutivo de la danza flamenca y española. Por mucho que parezca que hay versos sueltos, el poema del baile flamenco contemporáneo y su cada vez mayor vinculación con la danza española se escribe con rimas consonantes. Nada es casual ni permanece aislado de las influencias y concomitancias en esta aldea global que hoy habitamos. Ni mucho menos el arte.

La cuestión generacional siempre ha sido una constante en la programación de la muestra. Tanto o más ha importado mantener viva la llama de los grandes maestros y coreógrafos que ceder espacio a los valores emergentes del baile y la danza que empiezan, sin duda el eslabón más débil de la cadena del arte. Si en materia dancística, tres de los grandes faros que han guiado a las nuevas generaciones en la prosperidad del baile flamenco y la danza afluencada han tenido importante peso en el Festival de Jerez, nos referimos a los maestros hoy tristemente desaparecidos Granero, Maya y Gades, otros tomaron la alternativa a tiempo para hacerse acreedores de portar la bandera de la renovación estilística y de contenidos del baile. Al margen de otros visionarios de lo que debía ser el baile flamenco y la danza contemporánea en nuestro país que han tenido una presencia esencial en la muestra jerezana, como el valenciano Javier Latorre, de la generación del 60 bien podríamos citar a la referida María Pagés, Carmen Cortés y Javier Barón, asiduos al cartel del ciclo desde sus orígenes. De épocas anteriores a ellos, afamados y prestigiosos creadores e intérpretes, maestros coreógrafos, como Matilde Coral, Manolo Marín, Angelita Gómez, Merche Esmeralda, Cristina Hoyos, Eduardo Serrano El Güito, Manolete, Blanca del Rey, La Farruca, Antonio Canales y Manuela Carrasco también han tenido un papel preponderante en los carteles confeccionados a lo largo de la relativamente corta historia de la muestra jerezana, en la que la danza siempre ha estado representada por artistas como Antonio Márquez, Lola Greco, Teresa Nieto, Aída Gómez y el Nuevo Ballet Español, a los que también se ha sumado la presencia del Ballet Nacional de España, dirigido por José Antonio, que, no obstante y de manera incomprensible, no acude al certamen desde hace seis años.

De la generación del 70, habría que incluir necesariamente a grandes autores y creadores hoy consagrados y en plena madurez creativa que siempre han exhibido sus trabajos en Jerez, como son Eva Yerbabuena, Israel Galván, Belén Maya, Sara Baras, Andrés Marín y Joaquín Grilo, amén de otras figuras contrastadas que se han mantenido en un inquebrantable equilibrio entre la ruptura y la preservación de las formas más clásicas de entender el baile flamenco: Isabel Bayón, Antonio el Pipa, María del Mar Moreno, Rafaela

Carrasco, entre otros. Tras ellos, llegaron en tromba otros fenómenos del baile y la danza que han seguido profundizando en los cambios de tendencias más allá de falsas modas y vanguardias que han perecido con el paso de los años. Los bailarines y coreógrafos Rafael Estévez y Nani Paños, Rocío Molina, Juan Manuel Fernández Montoya Farruquito, Mercedes Ruiz...

Todos ellos, cada uno bajo su prisma y visión personal, han seguido amando la herencia recibida para acomodarla a los nuevos tiempos, a las nuevas demandas de los mercados y los circuitos escénicos, que ya no se conforman con montajes a la antigua usanza, sino que reclaman para sus programaciones espectáculos integrales, donde el discurso y la escenografía bien puedan ser tan importantes como la presencia de un buen 'atrás' que acompañe al baile. Rigor geométrico de una técnica cada vez más perfilada y pulida, corazón en la puesta en escena e inteligencia argumental en los montajes que hacen que el bailar-coreógrafo acuda al contacto y contagio con otras disciplinas artísticas y otros profesionales para poner en pie sus obras. Escenógrafos, directores de escena, iluminadores, figurinistas, literatos e intelectuales... Como no podía ser de otra forma, el Festival de Jerez ha sido testigo impávido de esta indagación, de esta exploración. Unas veces con más acierto que otras, todo hay que decirlo.

En la memoria de los asistentes quedan espectáculos memorables e inmortales como los del maestro Mario Maya, 'Los flamencos cantan y bailan a Lorca' (1997), 'Diálogo del amargo' (2001), y 'Mujeres' (2008), que contó con Merche Esmeralda, Belén Maya y Rocío Molina sobre las tablas; las recordadas 'Bodas de sangre' (1998) y 'Fuenteovejuna' (2002), espectaculares coreografías de Antonio Gades; 'A mi manera' (2002), con Lola Greco dirigida por el maestro Granero; 'Al compás del tiempo' (1999), de la mano de otra grande de la danza flamenca como Cristina Hoyos; 'Salomé' (2002), con una descomunal Aída Gómez bajo la dirección escénica de Carlos Saura; y 'Rinconete y Cortadillo' (2003), una de las cimas coreográficas del valenciano Javier Latorre. No hay que olvidar el mano a mano entre Manolo Marín y Angelita Gómez en 'De Sevilla a Jerez', presentado en el Festival de 2000. En el apartado de danza, ya que mencionábamos a Aída Gómez, también sobresalió, alzándose con el Premio del Público del Festival, el sevillano Antonio Márquez con su 'Preludio, zapateado y boda flamenca' (2003).

'Dime' (2003), de Javier Barón, también recibió un fuerte abrazo tanto de crítica como de público, al igual que ocurrió con otros montajes realizados por artistas de su misma generación como Antonio Canales, con 'Carmen, Carmela' (2005), Carmen Cortés con 'Yerma' (1997), y María Pagés, que triunfó como 'Flamenco Republic' (2004) y, más recientemente, con 'Autorretrato' (2009). Si el Ballet Nacional de España rompió moldes con 'El Loco' (2005), Manuela Carrasco, 'la Diosa', levantó pasiones con 'Un sorbito de lo sublime' un año después.

Si nos adentramos en la prolífica producción de la llamada generación del 70, hay que destacar aquí 'La voz del silencio' (2003) y 'El huso de la memoria' (2007), obras de Eva Yerbabuena, pero también otras producciones como 'Septiembre' (2003) y 'Jerez puro esencia' (2005), de María del Mar Moreno,



capaces de emocionar por igual aun cuando se traten de bailaoras de perfiles casi antagónicos. Si Antonio El Pipa lo bordó en 'Generaciones' (1999) y 'De tablado' (2006), el también jerezano Joaquín Grilo cosechó grandes elogios con 'A solas' (2006) y últimamente con 'Reencuentro' (2010), espectáculo en el que homenajeó a su maestro Fernando Belmonte. Pero quién no recuerda el paso a dos entre Belén Maya y Mayte Martín en 'Flamenco de cámara' (2002), la 'Juana la loca' (2001) de Sara Baras, 'Alma Vieja' (2004) de Farruquito, o 'La mujer y el pelele' (2006), excepcional trabajo de Isabel Bayón presentado en 2006. También logró una cálida ovación 'Juncá' (2007), de Mercedes Ruiz, y '¡Viva Jerez!' (2008), primera producción propia del sello Festival de Jerez, la cual tuvo ocasión de clausurar el London Flamenco Festival ese mismo año.

Del mismo modo, en el terreno de las rupturas más extremas sorprendieron para bien 'Arena' (2007) y 'El final de este estado de cosas' (2008), de Israel Galván; 'El alba del último día' (2008) y 'La pasión según se mire' (2010), de Andrés Marín; y 'Oro viejo' (2009), de la joven y talentosa Rocío Molina, último Premio Nacional de Danza en el pasado 2010. También es justo recordar aquí 'La francesa' (2007), de Pastora Galván, y 'Muñecas' (2007), cuyos autores Rafael Estévez y Nani Paños, Dospormedio & Cía., regresaron años más tardes para proponer apuestas tan ambiciosas y sugerentes como 'Flamenco XXI: Ópera, café y puro' (2008) y 'Sonatas' (2010).

Más allá de la danza flamenca y española, por la edificante programación del Festival de Jerez también han desfilado durante estos quince años grandes intérpretes del resto de manifestaciones ligadas al 'arte jondo'. Si Miguel Poveda, Arcángel, Pitingo, Esperanza Fernández y Marina Heredia pasaron por el certamen cuando aún eran grandes desconocidos para la afición flamenca (y ni imaginaban la repercusión que sus voces llegarían a alcanzar con el paso de los años), otras vacas sagradas del cante y el toque como, entre otros, Fosforito, Chocolate, Agujetas, Rancapino, Lebrijano, Carmen Linares, Manuel Moneo, José Mercé, José Menese, Estrella Morente, Manolo Sanlúcar, Paco Cepero, Pepe Habichuela, Tomatito, Moraíto, Vicente Amigo y Gerardo Núñez también tuvieron oportunidad de ofrecer gloriosos recitales en los distintos escenarios de la muestra. A ellos se suman otros grandes músicos que han pasado por la muestra como Chano Domínguez, Dorantes, Tino di Geraldo, Jorge Pardo, Carles Benavent, Bernardo Parrilla, entre otros muchos.

Toda la amalgama de artistas y espectáculos enunciados, a los que seguro habrá que sumar muchos otros nombres que, o bien han sufrido un olvido imperdonable por mi parte, o bien son valores emergentes que aún tienen que irrumpir en la escena, componen el fresco, la certera panorámica, de lo que han sido y significado los últimos cuarenta años en la danza flamenca y española, en particular, y en el flamenco en general. Un estado de cosas que siempre ha tratado de exponer y descubrir el Festival de Jerez sin prejuicios y sin temor a errar el tiro, dando cabida a todas las propuestas, argumentos, fusiones, discursos, tendencias, estilos, visiones..., y dando espacio y margen para que todo aquel que tuviese algo que decir y contar pudiese hacerlo dentro de este proyecto artístico apasionante. Una muestra que ha actuado como mosaico cuyas teselas han dibujado lo que ha sido, lo que es y lo que será



Antonio el Pipa, en una de sus actuaciones



Luis el Zambo, cantándole a la bailaora Sara Baras, en uno de los trasnoches del Festival



La gran bailaora Sarta Baras, en una de sus actuaciones en el Festival de Jerez.



el flamenco y la danza; un certamen, al mismo tiempo, que también ha sido necesariamente zaranda para preservar lo esencial y desechar lo inservible.

EL 'OFF FESTIVAL', LA MAGIA DEL TRASNOCHE

Cuando parece que los focos se apagan y la ciudad duerme, aún pervive con los párpados bien abiertos un nutrido grupo autodenominado 'los jartibles'. Una raza fuera de lo común que habita durante el Festival de Jerez y que es capaz de seguir bebiendo sorbitos de buen flamenco aun cuando ya la jornada 'oficial' del ciclo ha concluido. Es la magia del traspasnoche que engatusa y embriaga al más pintado. Momentos de inspiración e improvisación que surgen cuando menos se espera y se prolongan, en algunas ocasiones especiales, hasta las claras del día. El llamado 'off Festival' empieza cuando acaba todo. Del último escenario con programación oficial a las peñas y de las peñas a Dios sabe qué bar, garito o colmao que se tercié a la caza y captura de eso que todos llaman el duende. La razón incorpórea, que diría Mairena. Aficionados, alguna que otra cursillista rezagada, críticos y especialistas, artistas, amigos todos, se reúnen cada noche para convivir, charlar y tomar una copa en la que comentar y ahogar la jornada. Y, por qué no, lanzar alguna que otra pataíta, algún que otro rasgueo o algún que otro quejío que abra la caja de pandora; que despierte y haga volar a los mirlos blancos que de tarde en tarde aparecen en los traspasnoches. Si en su momento desaparecieron las figuras de las peñas de guardia, fueron locales céntricos quienes recogieron el testigo y se convirtieron en sede de ese otro festival menos visible pero que también forma parte del alma de esta cita anual con el mejor baile flamenco y danza española.

En estos quince años, en la retina de los aficionados más cabales, y más resistentes a la maratón que supone el certamen, quedan inolvidables reuniones en la peña Chacón, en el Arriate o en el Colmao de la calle Arcos en las que lo mismo se arrancaba Sara Baras al cante de Luis el Zambo, que David Lagos cantaba a Javier Barón. O aparecía Juan Moneo El Torta en babuchas como un ángel para cantar al golpe; o el Capullo de Jerez, que cantaba y bailaba en un paso de peatones a las seis de la mañana, en plena alboreá. Poveda, Fernando de la Morena, Diego Carrasco, José Valencia, Diego el Cigala, Carmen Linares, Joaquín Grilo... La nómina de flamencos que han podido acudir al encuentro de algún traspasnoche es extensísima, y han dejado momentos imborrables por amor al arte. Un momento de comunión entre aficionados y creadores e intérpretes que ha servido de alianza espontánea y natural para amantes de una misma pasión. Momentos que hay que vivirlos y experimentarlos pero sin buscarlos, porque surgen de la nada y por generación espontánea. Eso, reconocen todos ellos, tan sólo pasa en Jerez durante su festival.

ASUNTOS PENDIENTES

"El festival tiene el techo de sus limitaciones económicas actuales. Tiene muchas más líneas por desarrollar. Hay montones de proyectos, pero pasan por el crecimiento y eso quiere decir mayores recursos. Estamos hablando siempre de dinero". Así se expresaba Francisco López durante una entrevista



concedida a Diario de Jerez en 2002. El Festival, aún en pleno proceso expansivo hasta desembocar en como lo conocemos hoy, tenía necesariamente que crecer, reproducirse. Todavía en la actualidad, quince años después de ver la luz, la organización de la muestra jerezana de baile flamenco y danza española mantiene numerosas ideas en cartera, aspectos por pulir, vertientes por cubrir, líneas que explorar dentro de la evolución del ser vivo que representa el Festival de Jerez y que siempre pretende estar en plena ebullición. Quedaron en el tintero cuestiones como el salón internacional del flamenco (lo más parecido tuvo lugar en el 99 con el foro internacional de organizadores de actividades y festivales flamencos y de danza española, encuentro que se repetiría años más tarde), aunque éste aún no recogía el espíritu de esa feria de muestras del flamenco que un día se ideó desde la organización. Del mismo modo, otro proyecto extinguido (y aún recuperable) es el certamen coreográfico del Festival de Jerez, que desapareció del cartel del evento casi sin previo aviso tras gozar de más o menos repercusión durante su celebración como una forma positiva de incentivar a las compañías y el duro trabajo en equipo. Por supuesto, también está pendiente el impulso aún mayor del ciclo de actividades complementarias, si bien es cierto que de un tiempo a esta parte entre las tertulias del Consejo del vino y las aportaciones del Centro Andaluz de Flamenco (CAF) la oferta ha mejorado de manera considerable en calidad y cantidad de actos programados.

Conseguir mayor financiación, especialmente con implicación de la iniciativa y el patrocinio privado, ha sido siempre una constante en el apartado de asignaturas pendientes del festival. Trabajo y años de esfuerzo y convencimiento costaron al Ayuntamiento de Jerez, y por ende a su Fundación Teatro Villamarta, involucrar a las administraciones públicas supramunicipales para que se volcaran en un certamen al que durante numerosas ediciones dieron la espalda en sus partidas presupuestarias. Más o menos superada esta fase de aislamiento a base de corazón, tesón, recursos propios y crecimiento autosuficiente, el reto en estos años atrás ha sido aglutinar una mayor nómina de mecenas dispuestos a contribuir en un proyecto artístico que tiene repercusiones claras y testadas en la generación de riqueza y valor añadido en la ciudad. A partir de la mejora de los recursos económicos, podría pensarse en nuevos horizontes que siempre han transitado por la mente de la organización. Desde una mayor apuesta a la hora de que el Festival de Jerez tome la ciudad, con una apertura a espacios más pequeños (en los barrios, por ejemplo) para involucrar por todos los medios a la sociedad civil jerezana, hasta un ambicioso trabajo enfocado a realizar producciones propias que, con el sello Festival de Jerez, sean exportables a otros escenarios del planeta flamenco.

A propósito de lo anterior, hasta la fecha ha habido dos grandes ejemplos de autoproducciones. Por una parte, la publicación en 2003 de 'Tratado de



la bata de cola', de Matilde Coral, aunque escrito por el flamencólogo Ángel Álvarez Caballero, inauguró la que iba a ser una serie de ediciones vinculadas al estudio y divulgación del baile flamenco y la danza española que no ha podido tener continuidad en el tiempo por las razones que todos intuimos; mientras que en 2008 se produjo, como ya hemos referido con anterioridad, el estreno absoluto de '¡Viva Jerez!', una colosal coproducción entre el festival y la Agencia Andaluza para el Desarrollo del Flamenco de la Junta de Andalucía que recorría lo más granado de una de las grandes cunas del flamenco. Mercedes Ruiz, María del Mar Moreno, Angelita Gómez y el tristemente desaparecido Fernando Terremoto componían las cabezas de cartel de un elenco dirigido por Francisco López y coreografiado por Javier Latorre. La experiencia no resultó todo lo exitosa que en un principio pudiera pensarse, sobre todo, a la hora de ser exportada, aunque a pesar de lo abrumador de la propuesta, con una veintena de artistas de primer nivel en escena, tuvo oportunidad de viajar al London Flamenco Festival para clausurarlo y ser editada, tiempo después, en DVD por el sello 'Flamenco World Music'.

Ni que decir tiene que al Festival de Jerez aún le restan muchos nuevos capítulos por escribir. Empero, tampoco escapa a nadie que, especialmente como consecuencia de la terrible recesión económica actual, tendrán aún que esperar algún tiempo para poder, si quiera pensar, materializarse. No obstante, empieza a vislumbrarse, en relación con diferentes proyectos puestos en marcha por el propio Ayuntamiento de Jerez, un futuro aún más ambicioso en torno al Festival de Jerez. Por ejemplo, con la edificación en el corazón del casco histórico del Centro Nacional de Arte Flamenco (antes conocido como la Ciudad del Flamenco), obra diseñada por los afamados arquitectos suizos Jacques Herzog y Pierre de Meuron, que tras cuatro años de paralización en los trabajos urbanísticos ha vuelto recientemente a reanudarse y espera estar concluida, en función de la llegada de financiación para concluir el ambicioso y emblemático proyecto, en una fecha no superior a 2013-2014. Igualmente, también se ha hablado en los últimos años de la celebración del evento de repercusión mundial 'Jerez 2013, Año Internacional del Flamenco', aunque precisamente por los retrasos en la construcción del edificio proyectado por el estudio de los arquitectos suizos aún no hay nada decidido sobre si finalmente tendrá lugar en la primera fecha anunciada o será pospuesto. Sea como fuere, el objetivo de 2013, como han explicado sus ideólogos, es su 'día después', esto es el 1 de enero de 2014. Fecha en la que Jerez pretende haberse erigido por derecho



propio en el principal núcleo dinamizador de un arte que ya es Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

El camino de este proyecto de ciudad, como publicábamos recientemente en Diario de Jerez, se articula en torno a 15 líneas maestras trazadas en el documento básico 'Jerez 2013, el Año del Flamenco', en el que la excusa del evento cultural de dimensión internacional sirve como factor estratégico para hacer del cante, el toque y el baile un verdadero motor económico de la ciudad, clave que a la postre justifica la celebración. Lo explica bien el director de la oficina de Jerez 2013, Francisco López, quien reitera en su discurso la máxima de "no inventar nada, sino ordenar y aprovechar lo que ya existe en la ciudad, que no es poco". Si por un lado el Ayuntamiento ya tiene definida la ruta del proyecto, sus grandes objetivos, ahora necesita de su reconocimiento formal del Gobierno central para llevarlo a cabo en los plazos comprometidos: en apenas dos años.

De concretarse todo lo anterior, volviendo al Festival de Jerez, tema de análisis que aquí nos ocupa, podría pensarse en una ruptura de las fronteras que hoy tiene la muestra para llegar a alcanzar otro de los anhelos de su organización casi desde los comienzos y posterior consolidación del certamen: que no se restrinja a una fecha determinada del año sino que su celebración tenga continuidad con eventos distribuidos durante todo el calendario anual. En este punto, de hecho, se pensó en una iniciativa similar al festival pero adaptada a la época estival, enfocada en esta ocasión al turismo de temporada alta que inunda el litoral de la provincia por esas fechas y que tendría en ese ciclo flamenco veraniego un foco de atracción ligado al ocio cultural (complementado con muchas más alternativas expuestas en el conveniente documento elaborado por la oficina de Jerez 2013) que bien podría ser un rotundo éxito. Está por ver que finalmente llegue a fraguarse una idea que ronda a la Fundación Teatro Villamarta desde hace años y que hasta la fecha no ha podido realizarse, una vez más, por falta de la determinante financiación.



La gran bailaora y maestra jerezana Angelita Gómez, en una de sus últimas actuaciones en el Festival de Jerez



Rinconete y Cortadillo, uno de los mejores ballets que pasaron por Villamarta